

«El máximo de intensidad en la edición de seminarios, revistas y libros». La carrera de Letras de la UNR y el campo editorial rosarino (1955–1980)

BERNARDO ORGE Universidad Nacional de Rosario – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina / ORCID 0009-0004-0141-7200 / bernardo_orge@hotmail.com

Resumen

Este artículo propone un recorrido contextualizado por algunos de los proyectos editoriales en los que participaron estudiantes, egresados y profesores de la carrera de Letras de la Universidad Nacional de Rosario entre finales de la década de 1950 y comienzos de 1980: las revistas *Pausa* (1957–1961), *Boletín de literaturas hispánicas* (1959–1966), *El arremangado brazo* (1963–1964) y *Setecientosmonos* (1964–1967), los Cuadernos del Instituto de Letras (1964–1965) y los sellos editoriales Editorial Biblioteca (1965–1977) y La Cachimba (1972–2001). A partir del relevamiento de estas iniciativas en particular se pretende describir y analizar varios de los fenómenos generales más relevantes de la historia de la edición de literatura y crítica literaria en la ciudad de Rosario, con el objetivo de evaluar la incidencia en el campo editorial de los agentes asociados a la carrera de Letras de la UNR. De este modo, se busca reflexionar sobre los vínculos entre las universidades públicas argentinas y el desarrollo de iniciativas editoriales en provincias, más allá de la creación y la gestión de sellos universitarios.

Palabras clave: Escuela de Letras / Universidad Nacional de Rosario / edición / revistas culturales / geografías de la edición

«Highest intensity on publishing seminars, journals and books». UNR Literature Degree and Rosario's Publishing Field (1955–1980)

Abstract

This paper proposes a contextualized survey of some of the publishing projects in which students, graduates and professors of the Literature Department of the Universidad Nacional de Rosario participated between the end of the 1950s and the beginning of the 1980s: the periodicals *Pausa* (1957–1961), *Boletín de Literaturas Hispánicas* (1959–1966), *El arremangado brazo* (1963–1964) and *Setecientosmonos* (1964–1967), the series Cuadernos del Instituto de Letras (1964–1965) and the publishing houses Editorial Biblioteca (1965–1977) and La Cachimba (1972–2001). By studying these particular initiatives, the objective is to describe and analyze some of the most relevant

Recibido: 30/4/2025. Aceptado: 25/7/2025

Para citar este artículo: Orge, B. (2025). «El máximo de intensidad en la edición de seminarios, revistas y libros». La carrera de Letras de la UNR y el campo editorial rosarino (1955–1980). *El taco en la brea*, (22) (junio–noviembre). Santa Fe, Argentina: UNL. DOI: 10.14409/eltaco.11.22.e0193



general phenomena in the history of literature and literary criticism publishing in the city of Rosario, and to evaluate the incidence of the agents associated with the Literature Department in the publishing field of Rosario. Thus, this paper intends to show that the links between Argentine public universities and the development of

publishing initiatives in the provinces are not limited to the creation and management of university presses.

Key words: Literature Department / Universidad Nacional de Rosario / publishing / cultural magazines / geographies of publishing

1. Introducción

Entre el 18 de agosto y el 15 de septiembre de 1957 el Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral organizó en la ciudad de Santa Fe la Primera Reunión de Arte Contemporáneo. Convocados por Francisco Urondo, encargado de la coordinación del evento, durante un mes pasaron por el Museo Municipal de Bellas Artes escritores, críticos literarios, historiadores, poetas, artistas plásticos, cineastas, dramaturgos, arquitectos y músicos que disertaron, expusieron sus obras y leyeron sus textos con el objetivo de abordar desde distintas disciplinas un asunto común: las relaciones entre arte, trabajo intelectual y sociedad en la Argentina de mediados del siglo XX. Un año después, en los talleres gráficos de la UNL se imprimió un libro que reunió buena parte de las ponencias presentadas en el Museo. En el prólogo a ese volumen, Urondo dejó sentada la concepción a partir de la cual había diseñado y llevado adelante aquellas jornadas de debate: «el arte actual —escribió— (...) no exige una claudicación de las formas: ellas dependen de la necesidad del creador, pero del creador sometido al asedio de su pasado y del presente que le toca compartir» (1958:7).

Entre quienes participaron de la Reunión estaba Adolfo Prieto, que desde finales de 1955 hasta comienzos de 1957 había viajado semanalmente a Rosario para dictar clases como profesor interino de Literatura Española II en la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la UNL.¹ En su intervención, el por entonces joven crítico esbozó un diagnóstico de la recepción de la literatura nacional a partir de las hipótesis que un año antes había desarrollado en *Sociología del público argentino*:

Unos diez millones de individuos poseen el instrumento básico de lectura en nuestro país; diez millones que han experimentado con mayor o menor hondura el proceso de alfabetización. Frente a esa cifra, el máximo centro editorial del país, Buenos Aires, registra magros, pobrísimos tirajes de obras de escritores argentinos. De mil quinientos a tres mil ejemplares suele ser el tiraje habitual de las primeras, y con sobrada frecuencia, únicas ediciones. Estas cifras, excluidas por supuesto todas las previsible excepciones, pueden tomarse como módulo para apreciar el pavoroso vacío en que se debate la literatura argentina; una caja de resonancia compuesta, virtualmente, por diez millones de lectores, se reduce a los aislados ecos que registran diez, quince, veinte mil lectores reales de nuestra literatura (...). Un lector real por cada diez mil lectores virtuales. (1958:70)

No importa tanto lo preciso o impreciso de los números, que el propio Prieto (1998) se encargaría de matizar cuarenta años después en otra conferencia leída otra vez en Santa Fe, sino el recorte del objeto. El problema del público lector: concreto, incluso cuantificable, que excede en

mucho las discusiones de cenáculo sobre el valor inmanente de las obras literarias para poner el énfasis en su contorno y llamar la atención sobre su significado social. Con las herramientas de la incipiente sociología de la literatura, Prieto sienta las bases —como escribe Nora Avaro en un estudio biográfico sobre el autor— para «bocetar una historia literaria nacional que incluya, por primera vez, no solo a los escritores, sino también a los lectores» (2015:9).

Pero lejos de agotarse en el pesimismo del diagnóstico, la intervención de Prieto lleva implícito un programa. Su foco no está puesto en el presente de su enunciación, en ese solitario lector real —especializado en la materia, quizás él mismo parte del campo intelectual—, sino en el futuro, en los diez mil lectores virtuales que, se sobreentiende, se deben salir a buscar, sin conceder rigurosidad, más allá de los restringidos círculos de la cultura literaria tradicional. De hecho, Prieto cierra su ponencia con una exhortación en la que liga el destino de la literatura argentina al de la sociedad en su conjunto: «El escritor debe contribuir a cortar ese nudo fatídico; a diluir ese estado de indiferencia colectiva; debe hacerlo con el político, el hombre de campo, el pastor religioso, el obrero. Si todos se salvan, se salvará también el escritor» (1958:79).

Los destinatarios directos de esta conclusión admonitoria son los autores argentinos, quienes según Prieto deben involucrarse en el debate público para interpelar a un número cada vez mayor de lectores. Sin embargo, con la evidencia de su trayectoria profesional, no es difícil asociar estas palabras de 1957 no solamente con el trabajo de los encargados de escribir los textos, sino con el de los responsables de hacerlos llegar a los lectores: los editores. Como se encarga de señalar Avaro (2015), el trabajo editorial, si bien esporádico, constituye una parte fundamental de los aportes intelectuales de Prieto. Él mismo promovió iniciativas de edición de crítica literaria y participó en otras de divulgación de literatura argentina, que, a su manera, como había propuesto en la Reunión, salían en busca del público lector: desde su rol de decano y director del Instituto de Letras de la UNL, creó los Cuadernos del Instituto de Letras y el *Boletín de literaturas hispánicas*; a menos de un año de renunciar a su cargo en 1966, se encargó de la edición y corrección de *Capítulo. La historia de la literatura argentina*, editada por el Centro Editor de América Latina; poco después, dirigió la colección Conocimiento de la Argentina para la Editorial Biblioteca. En la base de estos trabajos podemos presumir aquel diagnóstico de mediados de la década del 50, que gravitaría a lo largo de toda su carrera como crítico. Tal es así que medio siglo después de la Primera Reunión de Arte Contemporáneo, Prieto resumía del siguiente modo su concepción sobre el vínculo entre edición y público lector:

A mí la idea de *Capítulo*, que era llegar al gran público, me sigue pareciendo válida, con unas pequeñas introducciones, con notas, con esto y lo de más allá, y la reedición del texto; sobre todo el texto. Eso también se relaciona con mi proyecto posterior para la *Vigil*, sí, yo venía con esa impronta. Porque la impresión que tuve cuando empecé mi trabajo como crítico era que en la Argentina nadie leía nada. Sí, leían a Borges, pero del resto de la literatura, ni la menor idea. La gente tiene que leer, el mundo tiene que leer. Y para eso hay que poner el texto ahí. Y es que esa era la idea: poner el texto ahí. (Avaro, 2015:8)

El ejemplo temprano de Prieto sirve de puerta de entrada para pensar la relación que establecieron con el campo editorial los estudiantes, egresados y profesores que transitaban por la Escuela de Letras de la actual Universidad Nacional de Rosario. Si es cierto que, como se dice a veces, una carrera de Letras forma lectores, debemos tener en cuenta que para que exista un lector primero

alguien tuvo que «poner el texto ahí». Muchos y muchas de quienes pasaron por las aulas de la Facultad de Humanidades de la UNR se ocuparon de hacerlo: sacaron revistas y fundaron sellos editoriales, corrigieron manuscritos, pensaron catálogos y sumarios, maquetaron libros, los mandaron a imprimir o los encuadernaron de forma artesanal, los presentaron, los distribuyeron.

El sentido de un texto escrito no nace ni se agota en el texto en sí mismo, sino que se extiende a la trama material y a la sofisticada cadena de mediaciones que hacen posible su circulación y lectura. Como afirma Roger Chartier, «El proceso de publicación, cualquiera que sea su modalidad, siempre es un proceso colectivo, que implica a numerosos actores y que no separa la materialidad del texto de la textualidad del libro» (2006:12). Puesto de otra manera, y desde una perspectiva complementaria, para definir un objeto de estudio como el que aborda este estudio es necesario «volver a insertar —como afirma Pierre Bourdieu— la obra o el autor individual en el sistema de las relaciones que constituye la clase de los hechos (reales o posibles), de los que forma parte sociológicamente» (2003:97).

Este artículo aborda varios de los principales proyectos editoriales que surgieron de la órbita de sociabilidad de la carrera de Letras de la UNR desde finales de la década de 1950 hasta comienzos de los años 80. Para decirlo con la fórmula que Alejandrina Falcón y Patricia Willson (2022) utilizan para presentar su estudio en coautoría sobre la historia de la traducción literaria en Argentina desde el siglo XIX a la actualidad, propone un breve «relevamiento contextualizado» (3) del vínculo entre Letras y el campo editorial. En este sentido, no se pretende llevar a cabo estudios de caso exhaustivos que describan de forma acabada cada sello o cada revista, sino más bien presentar un recorrido diacrónico que ponga en evidencia las relaciones existentes entre una carrera universitaria humanística, el resto del campo intelectual, el campo editorial y la circulación de literatura y crítica literaria, más allá de los sellos editoriales universitarios.

A su vez, este trabajo busca llamar la atención sobre la incidencia de dicha carrera y de quienes participaron en sus cursos en el desarrollo del sector editorial de una ciudad que puede considerarse como semi-periférica en la geografía editorial argentina. Según Alejandro Dujovne (2020), existe una «marcada concentración espacial del mercado del libro argentino» (36) en la ciudad de Buenos Aires; «los desequilibrios regionales constituyen uno de los problemas estructurales medulares del ecosistema del libro argentino» (36) y producen profundos efectos en la circulación de las publicaciones y las ideas. Jorge Jacobi (2023), por su parte, en su investigación sobre la edición de literatura en las provincias de Córdoba, Entre Ríos y Santa Fe durante las últimas cuatro décadas, se encargó de demostrar que «la asimetría del espacio geográfico de la edición en Argentina no es una abstracción» (238). De cualquier manera, como dejan entrever los trabajos de estos mismos autores, esta jerarquía geográfico-editorial es dinámica. En su estudio ya clásico sobre la historia del arte italiano, Enrico Castelnuovo y Carlo Ginzburg afirman que «el vínculo centro/periferia no puede verse como una relación invariable», sino que se trata de una «relación móvil» (1979:38). Más allá de las evidentes diferencias entre objetos, una perspectiva de análisis como la que se desprende de este planteo vale también para el caso que nos ocupa, siempre y cuando se tengan en cuenta, sin desconocer las asimetrías estructurales de la geografía editorial Argentina, la circulación de personas y publicaciones, las estrategias de adaptación de los agentes involucrados y la actividad de instituciones como, por ejemplo, la Universidad, que constituye el eje de este estudio.²

2. Primeras experiencias editoriales asociadas a la carrera de Letras

2.1. Revista Pausa

Es probable que la primera publicación independiente impulsada desde el ámbito de la carrera de Letras de la UNL haya sido la revista *Pausa*. Su número inicial se editó en Rosario en octubre de 1957, un mes después de finalizada la Primera Reunión de Arte Contemporáneo. Se trataba de un pliego con poemas de Noemí Ulla, ilustrado y diagramado por el pintor cercano al Grupo Litoral Oscar Herrera Miranda.³ «El propósito de estos pliegos nació junto a la cátedra de literatura ibero americana de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación» ([Nota editorial 1], 1957), puede leerse en la breve nota que cierra la revista. Jorge Bogliano, quien entonces enseñaba esa materia, según consta en la misma nota, «alentó» la publicación. Pero fueron sus alumnos quienes se encargaron de materializar el pliego. Sobre el final del primer número se consignan veintitres «responsables de la edición», veintitres estudiantes, entre ellos casi todas las que integrarían la comisión editorial de las siguientes entregas: Noemí Ulla, Clotilde Gaña, Ángela Neve, Ada Donato y Cledy Bertino.

La breve frase a modo de declaración editorial que puede leerse en el número 1 parece indicar que el proyecto se proponía consolidar un espacio de participación que sin excluir los discursos críticos que circulaban en las aulas de la Facultad se extendiera más allá de ellas: «*Pausa* en la vida universitaria es esta en que nacieron los poemas de la primera entrega» ([Nota editorial 1], 1957). Esto se torna explícito en el número 2, con una presentación que deja en claro que la revista se abrirá a «todas las ideas de los estudiantes y egresados de las escuelas de nuestra Facultad y a las de aquellos inquietos espirituales que no pertenecen a ella, pero a cuyos valores queremos hermanarnos» ([Nota editorial 2], 1957). En general, la advertencia se dirigía potencialmente a cualquier lector que no participara de la vida universitaria, pero en particular interpelaba a quienes sin cursar o acercándose a las clases en calidad de oyentes participaban del circuito de sociabilidad surgido alrededor de la Facultad y se cruzaban con estudiantes y profesores en los bares de la zona, como el Ehret o el Laurak Bat, y las librerías cercanas, como Runa, de Guillermo Harvey, y Aries, de Rubén Sevlever. Estos dos libreros y poetas, por ejemplo, publicarían poemas suyos en el número 4 de *Pausa*. Sevlever incluso se iría acercando cada vez más al grupo editor, hasta llegar a dirigir las últimas tres entregas de la publicación. Los sumarios, en los que se mezclan estudiantes con escritores de distinta procedencia, tienden a corroborar los vínculos que existían entre los alumnos de la Facultad y quienes participaban de la bohemia literaria extramuros. Unos y otros se cruzaban en las aulas y los bares, «interesados —como anota Santiago Hernández Aparicio— en discutir sobre política y literatura» (2020:2). A partir de los nombres que aparecen y se repiten en la revista puede empezar a vislumbrarse la conformación de un grupo, e incluso de una concepción de intercambio intelectual horizontal, que buscaba establecer puntos de encuentro entre el claustro y la calle.

Pausa publicó siete números. En sus páginas aparecieron textos de, entre otros, Aldo Oliva, Rafael Ielpi, Francisco Urondo, Hugo Gola, Noemí Ulla, Daniel Giribaldi, Cledy Bertino, Hugo Padeletti y los mencionados Guillermo Harvey y Rubén Sevlever, además de traducciones de poesía, como por ejemplo las de Oreste Fratoni de Edgar Lee Master, Eugenio Montale y André Breton; la de Hugo Padeletti de Lanza del Vasto, o la de Noemí Ulla de Jaques Prévert. Aunque a medida que se sucedieron las entregas la cantidad de páginas pasó de las ocho del número 1

a alrededor de treinta en los números finales, la frecuencia de aparición de la revista se fue espaciando, hasta interrumpirse definitivamente en agosto de 1961.

2.2. Iniciativas editoriales de Adolfo Prieto (1959–1966)

En diciembre de 1958, pocos meses después de que apareciera el quinto número de *Pausa*, Adolfo Prieto concursó y ganó el cargo de profesor titular de Literatura Argentina, que ejerció hasta el 5 de septiembre de 1966, cuando decidió renunciar, junto a muchos otros profesores, en repudio a la represión estatal y la intervención a las universidades acometida por el gobierno de facto de Juan Carlos Onganía. Además, Prieto fue elegido para suceder a Tulio Halperín Donghi como decano de la Facultad, y cumplió ese rol entre abril de 1959 y diciembre de 1964. A su vez, desde el 3 de abril de 1959 hasta su renuncia en 1966 fue también director del Instituto de Letras. Según registra Analía Gerbaudo (2024), Prieto se desempeñaba con comodidad en este tipo de roles: «como puede verificarse en su trayectoria, sus momentos más productivos asocian producción intelectual con gestión y proyectos institucionales (90).⁴ En este sentido, como apuntó Nora Avaro (2015), durante estos años Prieto se dedicó «tiempo completo (...) a todos los trajines académicos, a programar políticas, discutirlos y administrarlas, a enseñar, investigar, escribir y editar» (42).

Con ese último término, «editar», ubicado por si acaso al final de su enumeración, Avaro parece sugerir una secuencia en la que los quehaceres burocráticos y docentes, los «trajines académicos», para adquirir pleno sentido, deben encaminarse de suyo hacia una publicación. Efectivamente, tal como sintetiza en la presentación al *Boletín de literaturas hispánicas*, Prieto consideraba que

la labor de los Institutos, en la que la Universidad debe cargar el máximo de intensidad, tiene su corolario natural en la edición de seminarios, revistas y libros. Ellos registran la silenciosa tarea de los estudiosos y permiten la compulsa y valoración de los resultados. Y ellos obran a favor del afincamiento de los estudiosos con particularísima eficacia. (1959:6)

En apenas unas líneas, dos objetivos claros para una política editorial universitaria: difundir el resultado de las investigaciones de los profesionales de la casa y colaborar en la consolidación de una escena intelectual dinámica, lo suficientemente estimulante como para que los jóvenes con inquietudes académicas y artísticas quieran quedarse en la ciudad y, aun, en la universidad. Es sabido que la generación de *Contorno*, y otro tanto la generación de críticos de Rosario que tuvieron a Ramón Alcalde, Noé Jitrik, Adolfo Prieto y David Viñas como profesores, pusieron en el centro de sus preocupaciones la relación entre literatura y sociedad. Curiosamente, no se ha llamado tanto la atención sobre un hecho que quizás haya sido en parte derivado de aquello y que estas palabras de Prieto ponen en evidencia: el modo en que los miembros de esas generaciones de críticos se involucraron en el trabajo editorial.⁵

A menos de un mes de asumir como decano, Prieto escribe a la Comisión de Publicaciones de la facultad solicitando la impresión de una «revista-libro» de alrededor de 100 páginas. Así, ese mismo año aparece el primer número del *Boletín de literaturas hispánicas*, que ya tiene el esquema que respetarán las ediciones posteriores: una sección con estudios de cierta extensión, en general de profesores de la casa, seguida de otra con artículos y reseñas bibliográficas de estudiantes. Hasta su renuncia, alcanzará a editar seis números de la revista. Después de eso aparecerían

otros cuatro, con otro equipo editorial. También en 1959, con la edición de *Proyección del rosismo en la literatura argentina*, un volumen compilado por Prieto a partir de un seminario que él mismo había dictado, queda iniciada la serie de libros del Instituto de Letras.

Adolfo Prieto llegaba a la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario con el bagaje de haber participado en los comités de redacción de las revistas *Centro* y *Contorno*. En *Centro*, aparte de colaborar con sus propios artículos críticos y de discutir la política editorial de la publicación con el resto del grupo editor, se había encargado de leer, controlar y corregir las colaboraciones de sus pares. En *Contorno*, además, se había templado junto a sus compañeros de generación en la polémica y la discusión político-cultural. A partir de ambas experiencias, que acompañaron sus últimos años de estudiante en Buenos Aires y la gestación del frondicismo, Prieto había verificado de primera mano el rol de sellos editoriales y publicaciones periódicas en la consolidación del campo intelectual, y su función como nexo entre el conocimiento que circulaba dentro del claustro y la esfera pública.

El *Boletín* fue para los jóvenes estudiantes rosarinos algo parecido a lo que aquellas dos revistas para Prieto. En sus páginas publicaron sus primeros artículos, entre otros, Aldo Oliva, Hebe Monges, Noemí Ulla, Ada Donato, Norma Desinano, Gladys Onega y Josefina Ludmer. Mientras tanto, los libros que siguieron a *Proyección del rosismo en la literatura argentina*, que consistía en una compilación de trabajos surgidos a partir de un seminario dictado por Prieto, fueron *La literatura argentina vista por un brasileño*, de Félix Weinberg, en 1961, *La literatura autobiográfica argentina*, del mismo Prieto, y *El embajador Sarmiento*, de Emilio Carilla, en 1962, y la *Encuesta: la crítica literaria en la Argentina*, en 1963.

Inmediatamente después, tomó forma la serie de los Cuadernos del Instituto de Letras, opúsculos dedicados a difundir las investigaciones de los jóvenes intelectuales que enseñaban y estudiaban en la Facultad. Recuerda Norma Desinano:

Cualquiera podía presentar un tema y un proyecto a la dirección del Instituto, Prieto y una comisión lo evaluaban y, si iba bien, se firmaba un contrato por un período de redacción determinado. Parte de la colección de los Cuadernos se armó así, rentando a los investigadores, que escribían con una idea quizá más ensayística que la que se tiene hoy. (en Avaro, 2015:59)

En esa colección aparecieron, en 1964, *La literatura argentina y el cine*, de Mireya Bottone, *Oliverio Girondo*, de Marta Scrimaglio, y *Mateo Booz*, de Laura Milano, y en 1965 *La novelística de Gálvez*, de Desinano, *La inmigración en la literatura argentina, 1880-1910*, de Gladys Onega, y *Laferrère: del apogeo de la oligarquía a la crisis de la ciudad liberal*, de David Viñas. Los dos últimos libros de la serie serían reeditados en Buenos Aires. El de Onega, primero por Galerna y luego por el Centro Editor de América Latina. Por Jorge Álvarez, el de Viñas, quien había sido invitado a enseñar en Rosario por Prieto, al igual que Noé Jitrik, Augusto Roa Bastos, Ángel Rama y otros.

Estos proyectos editoriales, que se terminaron como tales después de la renuncia grupal de 1966, constituyen en su conjunto la primera iniciativa consistente de edición de crítica literaria en la ciudad y la provincia. Antes de ellos, apenas habían aparecido en Santa Fe unos pocos estudios literarios aislados, casi siempre impresionistas, todos de menor rigor metodológico. Además, los profesores viajeros que llegaban a la ciudad desde Buenos Aires y los contactos del propio Prieto favorecían la recepción del material fuera de Rosario. Durante los años siguientes,

esto ayudaría a que los jóvenes críticos que participaron de aquellas publicaciones, muchos de ellos obligados a viajar, mudarse o exiliarse por las circunstancias políticas, encontraran interlocutores más allá de los límites de la ciudad.

3. Crítica literaria, política y revistas culturales en los años 60

Mientras tanto, puertas afuera de la Facultad, algunos estudiantes impulsaban la edición de sus propias publicaciones periódicas. Dos de ellas son clave para entender la escena intelectual rosarina de esos años: *El arremangado brazo*, dirigida por Rafael Oscar Ielpi, Romeo Medina y Aldo Oliva, que editó un número en 1963 y otro en 1964, y *Setecientosmonos*, que a partir de 1964 contó con la participación de Nicolás Rosa en su equipo editor. Revistas rivales según el folklore de la época, ambas incluyeron un número importante de colaboraciones de jóvenes estudiantes y egresados de la carrera de Letras.

3.1. El arremangado brazo

Según el editorial de su primer número, *El arremangado brazo* proponía «introducirse cada vez más en la realidad, por el uso y la fuerza de un incansable trabajo con la palabra, en todas las manifestaciones de la creación y de la crítica» ([Nota editorial 3], 1963:3). Para lograr ese objetivo los editores pensaban incluir en la revista «además de los trabajos de creación literaria que se crean de valor, aquellos que intenten la elucidación de los fenómenos concurrentes a esta realidad y proporcionen los elementos ideológicos necesarios para armar el arremangado brazo que acuse y combata» ([Nota editorial 3], 1963:3).

A estos objetivos novedosos para el campo local necesariamente debían corresponderle soluciones de género y forma específicas, también nuevas. Así, en los dos números de la revista se publicaron sendos trabajos de investigación periodística de campo en una sección denominada «Reportaje a la otra ciudad», en la que los directores pretendían mostrar «los resultados del enfrentamiento con el mundo de un hombre condicionado, situado». Como se explica en la primera entrega, mediante una entrevista con un «hombre anónimo», es decir, con una persona que no ofreciera otro pretexto para el reportaje que el de su vida cotidiana en Rosario, la sección buscaba el «conocimiento del reportado», más «que el de los asuntos sobre los cuales se le pide opinión». En el número 1 se publicó un diálogo con «Un hombre de Villa Manuelita». En el número 2 apareció otro, con «Los hombres de la basura»: «un camionero (...) y un peón, que corre por la vereda volcando los tachos en un canasto que inmediatamente arroja hacia arriba» ([Otra ciudad 2], 1964:9). Como correlato estético a este trabajo de cuño etnográfico, las versiones taquigráficas sin correcciones de los reportajes a la otra ciudad, en las que aparecen expresiones como «diga que tengo suerte», «bah...» o «le da calor», aspiraban a agregar, en palabras de los directores, «testimonios lingüísticos para una literatura realista» ([Otra ciudad 1], 1963:5).

Entre los colaboradores de *El arremangado brazo* figuran María Teresa Gramuglio —aunque nunca publicó en la revista—, Jorge Conti, Noemí Ulla, Clotilde Gaña, Juan José Saer y Gladys Onega. En sus páginas aparecieron poemas de Ielpi, relatos de Medina y Saer, la traducción firmada por Ulla y Medina de «Materialismo dialéctico e historia de la literatura», de Lucien Goldmann, las versiones de poemas de Manuel Bandeira de Ielpi y reseñas críticas de Desinano, Onega y Gaña. Como nota Érica Brasca, «la sección de reportajes resulta la más significativa en cuanto al objetivo de desarrollar una tarea intelectual capaz de fomentar el conocimiento de la

realidad social en su conjunto» (2). La articulación de esta prerrogativa de índole política con el interés en la crítica y la literatura da la nota característica de *El arremangado brazo*. En lo que va del lacónico título de la revista de Ulla y Sevlever, y su «Pausa en la vida universitaria», al nombre desafiante, aunque extraído de un pasaje del *Quijote*, de la publicación de Ielpi, Medina y Oliva, puede leerse la aceleración de los debates estéticos y políticos durante finales de la década de 1950 y comienzos de la de 1960. Esos años, marcados por la decepción que experimentaron ante la gestión del presidente Arturo Frondizi muchos de los profesores universitarios que lo habían apoyado —entre ellos Ramón Alcalde, Ministro de Educación y Cultura del gobernador de Santa Fe Silvestre Begnis, y su secretario, Aldo Oliva—, terminaron de modificar el rol que buena parte de los intelectuales de la ciudad se asignaban a sí mismos. Ahora influidos por el sesgo denunciante que habían introducido en el campo local los integrantes del grupo de *Contorno*, quienes en parte se habían desempeñado como docentes en la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario, los jóvenes críticos y escritores de la ciudad saldaban a su manera la tensión entre literatura y acción política.

3.2. Setecientosmonos

En cierta manera, el trabajo de Nicolás Rosa en *Setecientosmonos* puede verse como otra reacción posible, muy distinta, frente a los imperativos del mismo clima intelectual. Esta revista había sido lanzada en mayo de 1964 por cuatro estudiantes de Derecho que por entonces empezaban a escribir sus propios textos literarios: Juan Carlos Martini, Carlos Schork, Omar Pérez Cantón y Rubén Radef. Rosa, que estudiaba Letras como alumno libre, se incorporó al staff en el número doble 3/4, de noviembre de ese mismo año. Según consta en los créditos, en el transcurso de dos números más su rol pasaría de colaborador a integrante del grupo de directores. Sin embargo, el efecto de su entrada en escena en la revista fue inmediato. Como relata Martini (2012), «el ingreso de Nicolás Rosa cambió todo. Desde el logotipo (...) hasta los colaboradores habituales. Nicolás, en rigor, dirigió orgánicamente *Setecientosmonos* desde el primer momento de su llegada» (7).

Según escribe Judith Podlubne (2016), «Rosa refunda *Setecientosmonos*. Convierte una revista de jóvenes entusiastas e inexpertos (...) en otra, también de jóvenes, ansiosos por asumir posiciones intelectuales y acercamientos teóricos a la literatura» (275). Las marcas de esta refundación pueden seguirse en los textos que el propio Rosa traduce para la revista, en los que escribe, y en los colaboradores que convoca a participar. En cuanto a las traducciones, la lista incluye un capítulo de *Sentido y sin sentido*, de Maurice Merleau-Ponty, un fragmento de *Saint-Genet*, de Jean Paul Sartre, y uno de *Mitologías*, de Roland Barthes. Entre las reseñas que publica, además de algunos de los artículos que luego integrarían su primer libro, *Crítica y significación*, Podlubne resalta dos: «Literatura argentina y David Viñas», aparecida en el número 5, sobre *Literatura argentina y realidad política*, y «Sexo, traición, Masotta y Roberto Arlt», del número 6, sobre *Sexo y traición en Roberto Arlt*. La primera, porque en su evaluación inmediata de ese libro hoy clásico Rosa «distribuye aciertos y objeciones», y ya entonces reconoce en su autor a «un precursor ineludible» y en su método la clausura de la forma de ejercer la crítica sostenida por *Contorno* (Podlubne, 2015:165). La segunda, porque allí, aunque todavía desde una perspectiva sartreana, Rosa parece intuir con lucidez que en ese libro de Masotta, tal como apunta Analía Capdevilla, se está «abandonando el paradigma de la fenomenología existencial e ingresando al del estructuralismo y el psicoanálisis» (como se citó en Podlubne, 2015:166). Ambas dan cuenta de un modo particular de leer crítica literaria, de hacer «crítica de la crítica», que, como también señala Podlubne (2015), no

mucho después despuntaría en los autores nucleados en torno a la revista porteña *Los libros*, en la que participarían las rosarinas Gramuglio y Ludmer y, muy activamente, el propio Rosa. Las dos cosas, traducciones y reseñas, bastan para perfilar el movimiento de renovación teórica que ya entonces puede vislumbrarse en el trabajo de Rosa.

Las traducciones de Barthes en particular son la primera manifestación de una tarea de mediación pionera, que coloca a Rosa entre quienes introdujeron a este autor crucial en el ámbito intelectual argentino. Además del mencionado fragmento de *Mitologías*, aparecieron en *Setecientosmonos* «El mito, en la derecha» —renombrado «Los mitos de la burguesía» (número 8, agosto de 1966)— y «La literatura, hoy» (número 9, junio de 1967). En marzo de 1967, meses antes de la publicación de «La literatura, hoy», Jorge Álvarez editó *El grado cero de la escritura*, el primer libro de Barthes vertido al español; y aunque no figuró en los créditos, la traducción corrió a cuenta de Rosa, que más tarde también tuvo a su cargo las versiones publicadas por Siglo XXI de *El grado cero de la escritura. Seguido de Nuevos ensayos críticos* (1972), *El placer del texto* (1974) y *S/Z* (1992). Nora Catelli, que al momento de editarse *El grado cero* se encontraba terminando la carrera de Letras en la UNR, calibra de la siguiente manera el impacto generacional de aquellas primeras lecturas de Barthes y, por añadidura, el trabajo de mediación editorial de Rosa:

Había algo nuevo en él, algo que sin saberlo producía una fractura irreversible en el humanismo sartreano y en nuestro humanismo entre marxista y antiimperialista. (...) Ese algo, que *El grado cero* muestra de muchas, muchísimas maneras (...) no es otra cosa que el lenguaje. (...) Encontró Barthes para aquella fijeza un término inasible pero reconocible, aun hoy, como la marca de todos aquellos que hacen crítica desde la pérdida de la inocencia. Ese término es escritura. (2015)

Setecientosmonos fue también uno de los ámbitos donde se consolidó el entramado de relaciones intelectuales que los jóvenes críticos universitarios del Instituto de Letras venían urdiendo desde principios de la década de 1960. Rosa invitó a publicar en la revista al grupo de Adolfo Prieto y consiguió importantes colaboraciones de María Teresa Gramuglio, Josefina Ludmer, Norma Desinano, Gladys Onega y el propio Prieto. Los artículos de las recién egresadas Ludmer y Gramuglio en *Setecientosmonos* también dan cuenta del punto de inflexión en el que se encontraba entonces el paradigma crítico de la sociología de la literatura en el que se habían formado. En este sentido, «El espacio en la novela objetivista», de Gramuglio, aparecido en el número 10 de la revista, puede leerse como una manifestación temprana de sus reflexiones sobre el *nouveau roman* derivadas, más que probablemente, de las charlas que la autora sostenía con Juan José Saer, quien en esa misma entrega publicaba cinco poemas y una traducción de un relato de Alain Robbe-Grillet.

El vínculo entre Rosa y el grupo de Prieto se extendería en el trabajo conjunto en el Centro de Estudios de Filosofía, Letras y Ciencias del Hombre (CEF), una institución independiente que fundarían varios de los docentes renunciando de 1966 ese mismo año, que oficiaba de sede para seminarios, cursos, conferencias y mesas redondas. En agosto de 1968 tendría lugar en el CEF el I Encuentro Nacional de Arte de Vanguardia, la principal instancia de discusión previa a la experiencia de *Tucumán arde*, cuyo manifiesto firmarían Rosa y Gramuglio. En retrospectiva, quizás sea posible reconocer detrás de la temprana sofisticación teórica del Rosa de *Setecientosmonos* indicios de las concepciones de arte y trabajo intelectual a partir de las cuales escribiría el panfleto que se repartió en la sede de la CGT de los Argentinos de Rosario. En una frase en la que, salvando

las distancias, resuena aquella de Urondo en la Primera Reunión de Arte Contemporáneo —«el creador sometido al asedio de su pasado y del presente que le toca compartir...»—, Rosa y Gramuglio afirman que «el arte revolucionario nace de una toma de conciencia de la realidad actual del artista como individuo dentro del contexto político y social que lo abarca» (1968:2).

Según el anecdotario de la época *El arremangado brazo* y *Setecientosmonos* fueron publicaciones rivales. Sin embargo, puede aventurarse, y no solo por los nombres que comparten sus sumarios, que las dos son el resultado de opciones diferentes ante preocupaciones intelectuales parecidas. Una responde con reportajes etnográficos señeros para el periodismo gráfico de investigación en la ciudad, la otra con un movimiento de renovación y actualización teórica que a la postre se mostraría de relevancia para la historia de la crítica argentina, pero la inquietud que subyace a ambas es la misma: la relación entre arte, crítica y sociedad. En un estudio sobre *Setecientosmonos*, Osvaldo Aguirre recoge testimonios de Martini y de Schork que relativizan las diferencias con el grupo conformado por Oliva, Ielpi y Medina, y sugieren que la disputa entre ambas publicaciones podría haberse saldado con la reseña que José María Castellanos le dedica al primer libro de poemas de Ielpi en el número 9 de su revista, un comentario que es, según Aguirre (2012), «una puesta en práctica de ese “enjuiciamiento crítico” de la literatura “desde una perspectiva de izquierda” que pregonaba *El arremangado brazo*» (20–21). Las desavenencias, reales, inventadas o exageradas, significarían poco y nada si no fuera porque, como suele decirse, para entender cabalmente una revista no alcanza con analizarla en su singularidad, sino que es necesario inscribirla en la escena intelectual en la que buscó ser reconocida por sus pares, a partir de asociaciones y disputas (Tarcus, 2020). El enfrentamiento entre estas dos publicaciones, incluso la anécdota de tal enfrentamiento, presupone la existencia en la ciudad de una vida intelectual y un campo editorial de cierta complejidad, con artistas y críticos con intereses diversos, donde era posible establecer relaciones de alianza y competencia ya no solo con los precursores, sino también con los contemporáneos.

4. Editoriales para una producción intelectual creciente

Por motivos estéticos o ideológicos, las más consolidadas casas editoras de la provincia —Ruiz, en Rosario; Castellví y Colmegna, en Santa Fe— se mostraron faltas de reflejos para percibir lo que a la distancia se ve como un episodio de inusitada efervescencia literaria para el ámbito local. Los nombres de quienes participaban del circuito de bares y librerías con epicentro en la Facultad de Filosofía y Letras casi no aparecen en sus catálogos. Y el desinterés era mutuo: a los jóvenes que participaban de ese círculo de sociabilidad estos sellos no les interesaban en absoluto. «Si uno decía Castellví —cuenta Norma Desinano— el otro ponía cara de nada» (comunicación personal, 19 de abril de 2022). Las revistas que describimos arriba eran la manifestación impresa de una producción intelectual que no encontraba eco en ningún sello de la ciudad de Rosario. Eso cambiaría en 1965, cuando en el ámbito de la Biblioteca Popular Constancio C. Vigil se fundara la Editorial Biblioteca, y cuando, por esos mismo años, comenzaran a surgir pequeñas editoriales atentas a la producción de una nueva promoción de escritores.

4.1. Editorial Biblioteca

La Biblioteca Vigil tuvo su origen en la conformación a mediados de la década de 1950 de la Subcomisión de Biblioteca de la Sociedad Vecinal de Tablada y Villa Manuelita, barrios de trazado irregular, en parte conformados por viviendas precarias, ubicados hacia el sur del centro

urbano de Rosario, la misma zona donde vivía el «Hombre de Villa Manuelita» de *El arremangado brazo*. En 1959 la Subcomisión de Biblioteca, que había ido ganando en autonomía, se separa de la Vecinal y constituye formalmente la Biblioteca Constancio C. Vigil, guiada por los mismos principios de asociacionismo y trabajo comunitario que aquella. La oferta de actividades de la Biblioteca se diversificó rápidamente y su crecimiento patrimonial se incrementó gracias a la buena recepción entre los vecinos de la rifa-bono que organizaba para financiarse. Al cabo de una década, la Vigil había consolidado un proyecto cultural autogestionado que incluía un edificio sede de nueve plantas, locales anexos que alojaban el Departamento de Ciencias Naturales y Museo, la Caja de Ayuda Mutua y el Departamento de Construcciones; una estructura administrativa con 647 empleados, una masa societaria de 19 639 personas y un total de 2956 alumnos repartidos entre el jardín de infantes, las escuelas de Artes Plásticas, Teatro, Astronomía y Música, las escuelas primaria y secundaria, y la Universidad Popular, que dependían todas de la institución (García, 2015). La Editorial Biblioteca surge en el marco de este proyecto, como prolongación natural, y hasta necesaria, del ideal pansófico de democratización cultural de tradición de izquierda que guiaba sus actividades.

El Departamento de Publicaciones de la Biblioteca estaba a cargo de Rubén Naranjo, artista plástico y profesor en Bellas Artes de la Facultad de Filosofía y Letras, y fue él quien dirigió el sello hasta 1977, cuando el gobierno militar que había desplazado a Isabel Martínez de Perón intervino la institución. Naranjo se asesoró con Boris Spivacow, que por entonces estaba a punto de dejar Eudeba para fundar el Centro Editor de América Latina. Los proyectos de Spivacow tienen varios puntos en común con el de la Vigil: grandes tiradas de libros baratos para lectores no especialistas, colecciones de divulgación de ciencias y humanidades, la idea de que la masificación de la lectura constituía una herramienta central para cualquier iniciativa de emancipación cultural. Naranjo conformó un grupo de trabajo junto al cual diagramó y llevó a cabo la política editorial de la Vigil en su conjunto. Quienes participaron de forma más o menos estable en este grupo fueron Rodolfo Vinacua, graduado como profesor de Filosofía en la Facultad, Jorge Riestra y Rafael Ielpi, que había cursado —y abandonado— la carrera de Letras, y había integrado el comité editorial de *El arremangado brazo*.

El sello editorial de la Vigil persiguió objetivos bien definidos: editar autores de la región, producir material para ser utilizado por docentes y alumnos de las escuelas que dependían de la institución, y presentar al gran público investigaciones serias pero accesibles sobre temas históricos y de interés cultural general. En su catálogo se distinguen con claridad tres zonas, que a grandes rasgos se corresponden con cada uno de estos objetivos: literatura, pedagogía y divulgación. En poco más de una década de actividad en su etapa histórica, el sello publicó 92 títulos en 16 colecciones, con tiradas que iban desde los 5000 a los 15 000 ejemplares para las publicaciones de literatura, pedagogía y divulgación, y en algunos casos alcanzaron los 150 000 ejemplares para ediciones especiales destinadas a distribuir entre los compradores de la rifa-bono de la institución. Entre la nómina de autores de Editorial Biblioteca se cuentan varios de los nombres que habían aparecido en los sumarios de *Pausa*, *El arremangado brazo* y *Setecientosmonos*: Rafael Ielpi, que publicó en el sello su primer libro de poemas, Juan José Saer, con *La vuelta completa*, y Adolfo Prieto, con *Literatura y subdesarrollo*, pero también Marta Scrimaglio, Aldo Oliva, Gladys Onega y Norma Desinano, quien en 1974 publicó con la Vigil *El planeamiento en el área de lengua*, su primer trabajo dedicado a la didáctica de la lengua.

Después de la intempestiva renuncia grupal de 1966, muchos docentes de la entonces Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias del Hombre se encontraron repentinamente sin trabajo. En ese contexto, los encargos de la Vigil, que en una situación de inédito profesionalismo para el ámbito local venían acompañados por los adelantos correspondientes a los derechos de autor, representaron para algunos de ellos no solamente un respiro en lo laboral, sino también una excusa para seguir escribiendo. «Para mí, la Vigil fue realmente vital, la salvación» (Avaro, 2015:7), dice por ejemplo Adolfo Prieto, quien, aparte de entregarle a Naranjo un original y de participar en el volumen de impulso enciclopédico *Paraná, el pariente del mar* (1973) con «El Paraná y su expresión literaria», en 1968 firmó contrato para dirigir en el sello la colección Conocimiento de la Argentina. Antes de que la Vigil fuera desmantelada, llegaron a aparecer cinco títulos de esa serie, todos en 1974, con una tirada de 13 500 ejemplares cada uno: 13 000 destinados a la comercialización y 500 al programa de canjes internacionales de la UNESCO mediante el cual la biblioteca acrecentaba su acervo bibliográfico y difundía sus publicaciones en el exterior. El plan original tal como Prieto lo había concebido preveía la publicación de clásicos de los siglos XIX y XX, como el *Facundo* de Sarmiento y *Radiografía de la pampa* de Martínez Estrada; algunas apuestas personales, como *El criollismo en la literatura argentina* de Ernesto Quesada; selecciones de memorialistas, como Beruti, Paz y Mansilla, y una serie de libros sobre la sociedad y las «expresiones de cultura» contemporáneas, encargados para la ocasión a especialistas de diversas disciplinas.

El nombre de la colección, en su carácter anfíbológico —conocimiento *sobre* la Argentina, conocimiento *producido en* la Argentina—, establece un programa claro: conocer la nación a partir de escritos nacionales. Se trata de una declaración de principios sobre el valor de los textos que forman parte del corpus de la literatura argentina en una discusión de alcance más amplio. La idea que subyace a este proyecto es que la lectura de los textos considerados literarios —pero también la lectura crítica de textos convencionalmente no considerados como literarios— es un ejercicio central para desarrollar una visión general de la historia política, social y cultural del país. Esta concepción, en la que Prieto había basado sus clases en la Facultad, podría haber tenido un hito en esta serie editorial de no haber sido porque en 1977 el gobierno militar de facto intervino la Vigil.

Inmediatamente antes de aceptar el encargo de Conocimiento de la Argentina, desde mayo de 1967, Prieto venía trabajando en la «supervisión técnica» de los fascículos semanales de la colección *Capítulo. La historia de la literatura argentina*, del recientemente creado Centro Editor de América Latina. En realidad, los fascículos de *Capítulo*, dirigidos en lo formal por Roger Pla, fueron editados por Prieto, que escribió además tres de ellos, amén de publicar, también en CEAL, el *Diccionario básico de la literatura argentina*. El encargo de Spivacow representó una de las primeras alternativas laborales posteriores a su defección de la universidad. «Esto pareciera indicar que por la vía del trabajo editorial —le escribe a su amigo Rodolfo Borello luego de recibir la oferta— las perspectivas son halagüeñas» (Avaro, 2015:7). Sin empleo y en medio de un difuso panorama de futuro, Prieto recibe las propuestas del Centro Editor y la Vigil con entusiasmo y deposita ciertas expectativas en las oportunidades que pueden abrirse en el sector. Aquí la anécdota personal permite reponer un estado general del campo. Aunque nunca volvería a alcanzar los números apalancados en las exportaciones de la década de 1940, cuando Argentina proveía el 80 % de los libros que importaba España, los últimos años de los 60 representan un momento de relativa recuperación de la industria editorial, fundado en la consolidación del mercado interno (De Diego, 2014). La movilidad social en ascenso y el consecuente crecimiento de la matrícula

universitaria de mitad de siglo XX impulsaron lo que suele considerarse como el tercer momento de ampliación del público lector en el país: ese núcleo de diez millones de lectores potenciales que imaginaba el Prieto de la Reunión de Arte Contemporáneo. En ese contexto, aunque se tratara de una excepción sobresaliente, era posible que un sello del interior del país como Editorial Biblioteca tuviera una estructura relativamente profesionalizada, con empleados fijos, planes de edición a mediano plazo y distribución nacional.

4.2. Sellos de poesía de las décadas de 1960 y 1970

También a finales de los 60 y principios de los 70, tomaron forma en la ciudad algunas iniciativas editoriales de características muy diferentes a las del proyecto de la Vigil. Sellos pequeños, sin proyección comercial pero con apuestas estéticas definidas, surgidos como extensión natural de revistas literarias y dedicados principalmente a la poesía, que colaboraron a que la escena editorial de Rosario mostrara una bibliodiversidad sin antecedentes. Una de estas editoriales en cierto punto antiacadémicas fue dirigida sin embargo por un egresado de Letras: La Cachimba, de Jorge Isaías. Conviene recordar esos sellos —el de Isaías, pero también La Ventana y El Búho Encantado, aunque Orlando Calgaro y Francisco Galdolfo, sus editores, no hayan pasado por la carrera— no solo por los textos que publicaron y el tiempo que se mantuvieron en actividad, sino también porque instalaron precozmente en la escena local dos aspectos de la edición literaria de pequeña escala claves hasta el día de hoy: por un lado, la dinámica colaborativa e interdependiente que les permitió llevar adelante coediciones y estrategias conjuntas de difusión, por el otro, la sofisticación en el diseño de sus ediciones, entre las que se cuentan propuestas semiartesanales de una delicada atención a los componentes de la resolución gráfica —material de las tapas, color de tintas, tipografía, clisés, ilustraciones, xilografías, bajorrelieves, etc.—, que indican una determinación recíproca entre el trabajo poético y el editorial, donde por momentos los extremos de la escritura y la edición de poesía se unen en un solo continuo.

Ediciones La Cachimba comienza a publicar en 1972 y aunque conoce períodos de mayor y menor actividad lo hace hasta principios de los años 2000, por lo que trasciende ampliamente la vida de la revista que le dio su nombre, que apareció entre 1971 y 1974, dirigida por Isaías, Alejandro Pidello y Guillermo Colussi (Chinazzo, 2021). El formato de sus ediciones varía a lo largo del tiempo: desde los libros de la colección *En el aura del sauce*, con tapas de cartón virgen y títulos impresos en diferentes colores en cada ejemplar, hasta los libritos de bolsillo de factura industrial en coedición con el sello Amaltea de la ciudad de Santa Fe. A los fines de este recorrido, en el catálogo sobresalen los libros de poemas de Héctor Piccoli. El primero de ellos, *Permutaciones*, en colaboración con Enrique Olivay, se publicó en 1975, cuando Piccoli estaba a un año de recibirse de licenciado en Letras. El segundo, *Si no a enhestar el oro oído*, que incluye un prólogo de Nicolás Rosa que resultaría señero para los estudios sobre el neobarroco en el país, apareció en 1983, poco antes de que el poeta ingresara al plantel docente de la carrera.

La Cachimba, La Ventana y El Búho Encantado se mantuvieron en actividad durante los años que duró la última dictadura militar. Quizás esto se deba a que se trató de iniciativas de editores que eran a la vez autores, que editaban sus propios libros, los de sus amigos y los de los poetas que admiraban, sin otras exigencias aparte de su programa artístico, ni proyecciones comerciales más allá del autosustento. Como sea, todos ellos siguieron publicando después de 1976, a pesar de las dificultades y el clima general de incertidumbre. Por el contrario, la intervención militar

de ese año representó el inicio de un hiato en la agitada escena cultural surgida en torno a la por entonces Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias del Hombre de la Universidad Nacional de Rosario, que en 1979 pasaría a llamarse de Humanidades y Artes, tal como la conocemos hoy. Como ya se dijo, la *Vigil* también sería intervenida. El movimiento que desde las aulas se extendía hacia otros espacios de la ciudad, ya resentido después de la intervención del gobierno de facto de Onganía, se detendría casi por completo hasta inicios de la década de 1980.

5. Conclusiones

Ante la pregunta de qué sentido tiene recortar sobre la historia intelectual la historia de una institución y sobre esta, a su vez, la historia de la edición, o, más sencillamente, ante la pregunta de por qué detenerse en el objeto de estudio que plantea este trabajo, se podrían sugerir varias respuestas. En principio, si «la manera de sentir y de pensar de una generación depende, en mucha parte, de sus casas editoras», como escribió el precursor santafesino de los estudios sobre edición Domingo Buonocore (1955), no sería exagerado considerar que para entender las derivas del pensamiento teórico y crítico producido en la carrera de Letras de la Facultad de Humanidades y, en especial, para entender los vínculos que ese pensamiento pretendió tener con el campo literario y la esfera social en sentido amplio durante cada momento histórico, es necesario detenerse en las iniciativas editoriales surgidas de su órbita, que no son otra cosa que, parafraseando a Nicolás Rosa, una parte de la autobiografía de la crítica y la literatura local.

Por otra parte, el análisis que se llevó a cabo presupone un enfoque atento a lo que aquí llamamos geografía editorial, es decir, al conjunto de relaciones culturales, económicas y territoriales que inciden en las decisiones editoriales adoptadas por todos los agentes que intervienen en la cadena de producción y circulación de impresos literarios. Esto implica llevar a cabo estudios situados pero dinámicos y relacionales, a partir de la premisa de que los libros y las revistas presuponen y propician redes transterritoriales. Se hizo eje en una ciudad semi-periférica dentro la jerarquía geográfica implícita en el sistema de industrias culturales del país, pero, al mismo tiempo, se intentó prestar atención a los flujos intelectuales que exceden sus fronteras: profesores viajeros que llevan y traen revistas, exilios forzados con libros en la valija, traducciones, etc. Si, como reza la muy citada frase de Bourdieu, «el libro es un objeto de doble faz, económica y simbólica, a la vez mercancía y significación» (1999:242), entonces, y por esto mismo, también es un objeto local y transterritorial, que se imprime en determinada ciudad y llega hasta donde alguien lo lleve o hasta donde hablen de él.

Según parece desprenderse del recorrido contextualizado que se llevó a cabo, una carrera universitaria de Letras —o bien, cabría presumir, una carrera de Escritura Creativa, una de Edición, etc.—, incide positivamente en las dinámicas de edición de crítica y literatura locales. Los intercambios entre estudiantes, profesores e investigadores, el dictado de seminarios, los conferencistas viajeros, las charlas en los bares, en suma, la vida universitaria se explaya necesariamente en proyectos editoriales. Así sea como caso testigo, el ejemplo de la carrera de Letras de la UNR quizás permita reflexionar también sobre la incidencia de las universidades —más específicamente, de las universidades públicas de provincia— en la aún incipiente federalización de la edición en el país.

En este sentido, aunque durante los últimos años se llevaron a cabo numerosos y valiosos estudios sobre edición y Universidad, en la mayoría de los casos se trata de investigaciones que

se concentran en analizar las características de los sellos universitarios y su rol en el ecosistema contemporáneo del libro.⁶ Más allá de la indudable importancia que revisten estos sellos —para las propias instituciones y para el sector en general—, la relación entre Universidad pública y edición, como es evidente, no se agota en ellos. Aunque también se mencionaron ediciones solventadas por la UNL, este trabajo se propuso desplazar el foco de atención desde los sellos institucionales a los emprendimientos de los agentes asociados a la institución, desde las iniciativas editoriales universitarias a otras, de distinta índole, en las que estudiantes, egresados y profesores de Letras cumplieron un rol relevante.

Finalmente, a la pregunta por la finalidad de un estudio como este también se podría responder a partir de un contrafáctico: ¿qué hubiera sido de la edición de crítica y literatura en la ciudad de Rosario de no haberse creado en 1959 el Instituto de Letras de la Facultad de Humanidades? Como vimos, difícilmente pueda negarse que la existencia de una carrera universitaria dedicada a los estudios sobre lengua y literatura incide positivamente en la consolidación de una escena editorial en su radio geográfico de influencia. Pero el escenario contrafáctico debería plantearse también a la inversa, no desde la perspectiva del campo editorial, sino desde la de los críticos locales. No ya para preguntarse qué le dio a la edición de Rosario la Escuela de Letras, sino al revés: qué le dieron a la Escuela de Letras los proyectos editoriales en los que participaron sus miembros. ¿Qué hubiera sido del trabajo de los críticos universitarios si no hubieran proyectado sus ideas en revistas y libros impresos que propiciaran alianzas, polémicas y diálogos más allá del claustro? ¿Qué alcance hubieran tenido sus ideas? Por supuesto, este planteo es meramente retórico. Es difícil, si no imposible, imaginar a ensayistas e intelectuales escindidos del impulso que durante el siglo XX llevó a buena parte de ellos a armar una revista tras otra y a involucrarse en todo tipo de trabajos editoriales. Sin embargo, en momentos de hiperespecialización del discurso crítico, cuando los resultados de las investigaciones universitarias circulan preponderantemente en revistas científicas, quizás quepa preguntarse si esa pulsión editorial seguirá así de viva para siempre, si los especialistas seguirán poniendo el texto *ahí* o por el contrario se conformarán con que esté cada vez más acá.

Notas

1. Este artículo estudia proyectos editoriales surgidos en torno a la carrera de Letras de la actual Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Si bien siempre funcionó en la ciudad de Rosario, el nombre de esta Facultad y la órbita institucional a la que perteneció cambió a lo largo de los años. Nace en 1947, con el nombre de Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación, y como parte de la Universidad Nacional del Litoral, que entonces repartía sus sedes entre Corrientes, Paraná, Rosario y Santa Fe. Luego cambiaría su nombre por el de Facultad de Filosofía y Letras en 1959, por Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias del Hombre en 1966 y por Facultad de Filosofía en 1968, mismo año en que se crea la UNR, de la que pasa a depender. Finalmente,

en 1979, adquiere la denominación con la que se la conoce actualmente: Facultad de Humanidades y Artes. Para evitar tanto los anacronismos nominales como las explicaciones farragosas, a lo largo de este trabajo se recurre a las fórmulas institucionales correspondientes cuando se hace referencia a un momento histórico determinado y se utilizan las denominaciones actuales —carrera de Letras de la UNR, Escuela de Letras, Facultad de Humanidades, etc.— siempre que se hacen formulaciones generales, que a atañen a la institución considerada en su continuidad histórica.

2. Este trabajo forma parte de una investigación más amplia sobre los vínculos entre la carrera de Letras de la UNR y el campo editorial rosarino, desde mediados del siglo XX en adelante.

Es el primero de tres artículos. Los otros dos segmentos de la serie —actualmente en proceso de evaluación para ser publicados—, se titulan: «No dialogar sordamente en los pasillos académicos». Carrera de Letras (UNR), revistas culturales y campo intelectual rosarino en los años ochenta» y «Ediciones en “cruce con la docencia y la investigación”. Trabajo editorial y Escuela de Letras (UNR) (1990–2010)».

3. El Grupo Litoral se conforma en 1950 por iniciativa de los artistas plásticos Leónidas Gambartes, Francisco García Carrera, Domingo Garrone, Juan Grela, Gutiérrez Almada, Oscar Herrero Miranda, Minturn Zerva, Alberto Pedrotti, Hugo Ottmann, Carlos Uriarte y Ricardo Warecki. Según Guillermo Fantoni, constituyó «un variado y potente conjunto cuya actuación, tan intensa como perdurable, impregnó la escena artística constituyéndose en una suerte de modelo del arte de su tiempo y también en una marca de identidad en el arte de la ciudad al combinar de un modo inédito regionalismo, universalidad y autoridad de lo nuevo» (2011:4).

4. *Tanto con tan poco. Los estudios literarios en Argentina (1958–2015)*, el libro de Analía Gerbaudo (2024) que apareció como parte de los resultados del grupo de investigación sobre institucionalización e internacionalización de los estudios literarios en Argentina y España que ella misma dirige junto a Max Hidalgo Nácher, permite ampliar y complementar algunos de los planteos de este trabajo, especialmente los referidos a las trayectorias de Adolfo Prieto y Nicolás Rosa.

5. La Tesis de Doctorado de Guido Herzovich, *La desigualdad como tarea. Crítica literaria y masificación editorial en Argentina (1950–60)* (Columbia University, 2015), es una excepción, así como la biografía de Adolfo Prieto escrita por Nora Avaro que aquí citamos. La Tesis de Herzovich se ocupa de analizar la coincidencia entre los fenómenos de «masificación editorial» e «irrupción de la crítica» en la Argentina de comienzos de la década de 1950.

6. Son referencia en la materia los aportes de Flavia Costa y Leandro De Sagastizábal, Alejandro Dujovne, e Ivana Mihal. En la bibliografía de este artículo se consignan apenas algunos de sus trabajos.

Referencias bibliográficas

Revistas fuente

Boletín de literaturas hispánicas, Rosario, 1959–1966. <https://ahira.com.ar/revistas/boletin-de-literaturas-hispanicas/>

El arremangado brazo, Rosario, 1963–1964. <https://ahira.com.ar/revistas/el-arremangado-brazo/>

Pausa, Rosario, 1957–1961. <https://ahira.com.ar/revistas/pausa/>

Setecientosmonos, Rosario, 1964–1967. <https://ahira.com.ar/revistas/setecientosmonos/>

Bibliografía

Aguirre, O. (2012). En el reino de la literatura. En Aguirre, O. y Di Crosta, D. (Eds.), *Setecientosmonos. Antología* (pp. 11–25). Santiago Arcos.

Avaro, N. (2015). Pasos de un peregrino. Biografía intelectual de Adolfo Prieto. En Prieto, A., *Conocimiento de la Argentina* (pp. 7–107). Editorial Municipal de Rosario.

Bertolino, M. y Orge, B. (2018, 28/29 de junio). *Hacia una periodización crítica de la edición de literatura en la provincia de Santa Fe*. Jornadas «La ciudad que yo inventé», Rosario, Argentina. <http://www.celarg.org/trabajos/BERTOLINO-ORGE-LA-CIUDAD-QUE-YO-INVENT--.pdf>

Bourdieu, P. (1999). *Intelectuales, política y poder*. Eudeba.

Bourdieu, P. (2003). *Campo de poder, campo intelectual*. Quadrata.

Buonocore, D. (1955, 27 de julio). A propósito de una nueva editorial en Santa Fe. *El Litoral*.

- Brasca, E.** (s/f). *El arremangado brazo*. Archivo Histórico de Revistas Argentinas. <https://ahira.com.ar/wp-content/uploads/2022/04/Brasca-Presentacion-de-El-Arremangado-Brazo.pdf>
- Chartier, R.** (2006). *Inscribir y borrar*. Katz.
- Chinazzo, P.** (2021). *La Cachimba y el foco de los signos*. Oroñoópolis.
- Catelli, N.** (2015, 20 de agosto). Roland Barthes, el lector irreproachable. *Babel. El país*. https://elpais.com/cultura/2015/08/12/babelia/1439394727_834048.html
- Castelnuovo, E.** y Ginzburg, C. (1979). Centro e Periferia. En Bollati, G. y Fossati, P. (Coords. Ed.); Previtali, G. (Coord. 1ra parte), *Storia dell'arte italiana, I. Materiali e problemi, 1. Questioni e metodi* (pp. 285–352). Einaudi.
- Costa, F.** y de Sagastizábal, L. (2016). Las editoriales universitarias: los caminos de la profesionalización. *Anuario del Centro de Estudios Económicos de la Empresa y el Desarrollo*, (8), 157–182.
- De Diego, J.L.** (Dir.). (2014). *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880–2010)*. Fondo de Cultura Económica.
- Desinano, N.** (2022, 19 de abril). Comunicación personal.
- Dujovne, A.** (2019). Ampliación y límites estructurales de la edición universitaria argentina. Un análisis de la producción y distribución editorial entre 2014 y 2019. *Revista Telar*, (23), 91–118.
- Dujovne, A.** (2020). Gutenberg atiende en Buenos Aires. La edición universitaria ante la concentración geográfica del mercado editorial argentino. *Cuadernos del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación*, (85), 35–47. <http://dx.doi.org/10.18682/cdc.vi85.3750>
- Falcón, A.** y Willson, P. (2022). Argentina (Historia de la traducción literaria). *Zenodo*. <https://doi.org/10.5281/zenodo.6362186>
- Fantoni, G.** (2011). *La diversidad de lo moderno. Arte de Rosario en los años 50*. Fundación Osde.
- García, N.** (2015). *El caso Vigil. Historia sociocultural, política y educativa de la Biblioteca Vigil (1933–1981)*. UNR Editora.
- Gerbaudo, A.** (2024). *Tanto con tan poco. Los estudios literarios en Argentina (1958–2015)*. Ediciones UNL.
- Gramuglio, M.T.** y Rosa, N. (1968). «Tucumán arde» [Panfleto]. <http://archivosenuso.org/viewer/2347#>
- Hernández Aparicio, S.** (2020). *Revista Pausa*. Archivo Histórico de Revistas Argentinas. <https://ahira.com.ar/wp-content/uploads/2020/05/Hernández-Aparicio-Pausa.pdf>
- Herzovich, G.** (2015). *La desigualdad como tarea. Crítica literaria y masificación editorial en Argentina (1950–60)* [Tesis doctoral]. Columbia University. <https://scholar.google.es/citations?user=A8zIL9MAAAAJ&hl=es>
- Jacobi, J.** (2023). *Dimensiones geográficas del libro: producción y circulación de las ediciones literarias en las provincias de Córdoba, Santa Fe y Entre Ríos (1982–2020)* [Tesis doctoral]. IDES–Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Martini, J.** (2012). Liminar. En Aguirre, O. y Di Crosta, D. (Eds.), *Setecientosmonos. Antología* (pp. 7–9). Santiago Arcos.
- Mihal, I.** (2021). Editoriales universitarias y mercado. Tendencias de comercialización en feria. *Información, Cultura y Sociedad*, (44), 117–142.
- [Nota editorial 1]**. (1957). *Pausa*, (1), 6.
- [Nota editorial 2]**. (1957). *Pausa*, (2), 2.
- [Nota editorial 3]**. (1963). *El arremangado brazo*, (1), 3.
- Orge, B.** (2021). Editorial Biblioteca. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc1071976>
- [Otra ciudad 1]**. (1963). *El arremangado brazo*, (1), 5.
- [Otra ciudad 2]**. (1964). *El arremangado brazo*, (2), 9.
- Podlubne, J.** (2015). Entre *Contorno* y *Los libros*, los críticos universitarios en *Setecientosmonos*. 452°F. *Revista de Teoría de la literatura y Literatura Comparada*, (14), 157–174.

- Podlubne, J.** (2016). *Setecientosmonos* y la modernización de la crítica literaria argentina. *Cuadernos de literatura*, XX(39), 271–295.
- Prieto, A.** (1958). La literatura argentina y su público. En Urondo, F. (Ed.), *Primera reunión de arte contemporáneo* (pp. 69–79). Universidad Nacional del Litoral.
- Prieto, A. (1959)**. Carta–prólogo al lector. *Boletín de literaturas hispánicas*, (1), 5–7.
- Prieto, A.** (1998). «La literatura argentina y su público». De antiguas presunciones. *Punto de vista*, (60), 7–10.
- Prieto, M.** (2020). Noticia introductoria. En Prieto, M. (Comp.), 2020. *Veinte episodios de la literatura argentina del siglo XX*. Editorial Municipal de Rosario. <http://www.emr-rosario.gob.ar/libro/2020-veinte-episodios-de-la-historia-de-la-literatura-argentina-del-siglo-xx/>
- Tarcus, H.** (2020). *Las revistas culturales latinoamericanas: giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*. Tren en movimiento.
- Urondo, F.** (1958). Introducción. En Urondo, F. (Ed.), *Primera reunión de arte contemporáneo* (pp. 7–10). Universidad Nacional del Litoral.